

## Memorias del duque de Saint Simon

---

### I

#### LA EDICIÓN (1)

El editor no pone á la cabeza de estas Memorias *Nueva edición*; es decir, que no existen las precedentes para él, y lo cree así con fundamento, pues hay numerosas equivocaciones en ellas, y algunas sumamente divertidas. «Chamillard—se dice allí—se hizo adorar de sus enemigos.» ¡Ah, gran hombre! ¿Cómo podría conseguir esto? Esperad un poco: el verdadero texto dice criados (*commis*), en lugar de enemigos (*ennemis*). Ustedes y yo seremos tan hábiles como Chamillard cuando seamos ministros; nos bastará para ello un saco de escudos.» —Otras de las incorrecciones nos aplastan, como esta frase asombrosa, que leemos llenos de admiración: «No hubo en la capital ni una persona que no le alabara en extremo, pero sin alabanzas. M. de Marsan lo hizo mejor que ningun-

---

(1) Hecha por M. Cheruel. Este estudio fué el primero que M. Taine publicó en el *Journal des Débats*.



tan severo. Se lee la edición y se piensa, leyendo su primera página, que se la podría ensalzar poniendo bajo el título: M. Cheruel ha corregido el texto y M. Saint Bouve ha hecho la introducción.

## II

## EL SIGLO

Hay muchas grandezas en el siglo XVII: establecimientos, victorias, escritores de genio, capitanes perfectos y un rey, hombre superior, que supo trabajar, querer, luchar y morir. Pero los grandes son todos igualados en el tiempo aquél por las miserias, y éstas son las que Saint Simon revela al público. Antes de abrir el libro nos hallamos en el parterre, á distancia, situados como es necesario para admirar, y admirar siempre. En el tablado del teatro, Bossuet, Boileaut, Racine, todo el coro de los grandes escritores, representando la obra oficial y majestuosa. La ilusión era perfecta: veíamos un mundo sublime y puro. En las galerías de Versalles, cerca de los boges tallados, creemos ver, por encima de las empalizadas geométricas, pasar al rey, sereno y mesurado como el sol, que era su emblema. En él, en la casa de él, en torno de él, todo era noble. Las cosas bajas y excesivas habían desaparecido de la vida humana. Las pasiones estaban contenidas bajo la disciplina del deber; hasta en los momentos extremos, la naturaleza, desesperada, sufría el imperio de la razón y de las conveniencias. Cuando el rey, cuando *Monsieur* es-

trechaba á *Madame* moribunda con tiernos y vanos abrazos, ni un grito agudo, ni un sollozo ronco vinieron á romper la bella armonía de este supremo dolor; con los ojos un poco enrojecidos, con plañidos moderados y gestos comedidos, lloran, mientras los cortesanos, «alrededor de ellos alineados», imitan, por sus escogidas aptitudes, las mejores pinturas de Lebrum. Cuando se despedían, se pronunciaba una frase limada en estilo académico; si se era un gran hombre se llamaba á los próximos parientes y se les decía:

En este abrazo cuya dulzura me ahoga,  
venid y recibid el alma de Mitridates.

Si uno era culpable, poniéndose la mano sobre los ojos, con indignación, se les gritaba:

Y la muerte, á mis ojos robando la claridad,  
entrega al día, que ellos empañaban, toda su pureza.

En las conversaciones, ¡cuánta dignidad y cuánta urbanidad! Nos parece ver los grandes retratos de Versalles descendiendo de sus cuadros con el aspecto de genios que ellos recibieran del genio del pintor. Se aproximan con una leve sonrisa, espetados, y, sin embargo, graves, igualmente hábiles en respetarse á sí mismos como á los demás. Estos señores, con las pelucas majestuosas, estas princesas, con los peinados altos y los vestidos rozagantes, estos magistrados, estos prelados engrandecidos por los magníficos pliegues de sus ropas violeta, no se cuidan sino de los objetos más bellos que puedan interesar al hombre; y si por casualidad se dignan bajar de las alturas de la religión, de la política, de la filosofía y

de la literatura, para bromear, lo hacen con la condescendencia y la mesura propias de príncipes nacidos académicos. Nos da vergüenza de nosotros el pensar en ellos, pues que nos encontramos con que somos burgueses, groseros, desaseados, hijos de monsieur Domingo, de Jacobo Buen-hombre y de Voltaire; nos sentimos ante ellos como escolares sorprendidos en travesuras; contemplamos con pena nuestro triste vestido negro, herencia de los procuradores y de los cagatintas antiguos; dirigimos los ojos al cabo de nuestras mangas con inquietud, temiendo ver allí las manos sucias. Un duque y par de Francia llega, nos saca del parterre, nos conduce á los corredores, nos muestra allí gente desembarazada del afeite que los pintores y los poetas han puesto fácilmente sobre sus mejillas, y entonces, ¡Dios mío, qué espectáculo!, todo es cuestión de ropa en este mundo. Quitad la peluca, la Redingot, los encañonados, las cintas y los manguitos, y quedarán Pedro y Pablo lo mismo ayer que hoy.

Vamos, si os place, á casa de Pedro y de Pablo; no temáis comprometeros. El duque de Saint Simon nos conduce á casa de M. el príncipe hijo del gran Condé, y en el cual, como dice Bossuet, había el gran Condé puesto «todas sus complacencias». He aquí un interior de casa: «Mme. la princesa era su constante víctima; ella era igualmente fea, virtuosa y tonta; era un poco jorobada. Todas estas cosas no impidieron á M. el príncipe ser celoso hasta el furor y hasta la hora de la muerte. La piedad, la atención fatigable de Mme. la princesa, su dulzura y sumisión de novicia,

no fueron bastante á garantirla ni de las injurias frecuentes, ni de los puntapiés y puñetazos, que no eran raros.» Había corrido tras la alianza de las bastardas, y mientras que su hija estaba en las habitaciones del rey, él hacía antecámara en la puerta. Ignorábamos que un príncipe tuviera el alma y las costumbres de un lacayo.

Pero este caso será solo, sin duda. Corramos á observar las princesas; estas encantadoras flores de urbanidad y de decencia nos harán olvidar este carretero de traje bordado. «Monseñor entra en su casa y allí se encuentra á la duquesa de Chartres y á Mme. la duquesa, que fuman en pipas que han hecho comprar en el cuerpo de guardia suiza. Monseñor, que trató en seguida de averiguar el origen de aquel olor, las hizo abandonar aquella ocupación; pero el humo las había denunciado.» ¿Era esto un juego, una puerilidad? No, era una costumbre. La repitieron muchas veces, y el rey se vió obligado á reprenderlas por ello, en varias ocasiones. Un día, la princesa de Conti llamó á grandes voces ante toda la corte á Mme. de Chartres, «pellejo de vino». Esto era una alusión á las bajas galanterías de la otra, que fué respondida por la frase «saco de andrajos». Los efectos se adivinan. «La duquesa de Borgoña celebró una cena en Saint Cloud, con la duquesa de Berri. Esta y M. el duque de Orleans, pero ella más aún que él, se emborracharon hasta el punto de que la duquesa de Borgoña, la duquesa de Orleans y todos los que allí había no supieron qué hacerse. El efecto del vino, por

arriba y por abajo, fué tanto, que era una pena y nada lo disipaba, de modo que fué necesario volver en este estado á Versalles.» Esto era la Regencia, antes de la Regencia: las enormes cenas de Luis XIV y las indigestiones de Monseñor, «anegado en la apatía y en la grasa», dan ya su gusto, anticipado. Al menos el rey se respetaba, y si bien comía á lo lobo, comía á lo rey. Su mesa era noble; no se veían en ella las bufonadas propias de una corte de la Edad Media, ni las groserías del gusto de un festín de estudiantes. Esperad; ved aquí una de sus comidas y uno de sus convidados: «Mme. Panache era una menuda y vieja criatura, con un labio bello, y su vista era tal, que podía producir mal de ojos á quienes mirase; una especie de mendiga que se había introducido en la corte sobre el pie de algo así como una locura, y, ya estaba en las cenas del rey, ya en las comidas de Monseñor y de Mme. la delfinesa, donde solían divertirse con ella los demás, haciéndola rabiarse y que cantara canciones punzantes á las gentes de estas comidas, para hacerlas reír; pero algunas veces las entonaba muy seriamente y tan injuriosas, que molestaban, y entonces divertían más aún á los príncipes y las princesas, que le llenaban los bolsillos de carne y guisados, cuya salsa chorreaba á lo largo de su falda; otros la daban una pistola y un escudo; otros la daban capirotaños, con lo que se enfurecía, porque, con los ojos, llenos de legañas, no veía ni el extremo de sus narices ni quien la había golpeado, y de este modo servía de pasatiempo á la corte. Hoy, el hombre que se divertiera con pasatiempos así, pasaría por un jayán de la más baja ex-

tracción; y no he de repetir aquí los que tuvieron por objeto á la princesa de Harcourt.

Se responderá que aquellas gentes se aburrían; que tales costumbres eran tradicionales; que un divertimento es un accidente, y que en el fondo aquellos corazones no eran viles. «Nanon, la antigua sirvienta de Mme. Maintenon, era una semihada que los príncipes tenían una gran satisfacción en abrazar y hablar, cuando se les presentaba ocasión de hacerlo. Los mismos hijos del rey, así como los ministros, que trabajaban en casa de Mme. Maintenon, se inclinaban reverentes ante ella.» Del intendente Voysin, hombre de humilde condición, cuando llegó á ser ministro, «hasta Monseñor se complacía en decir que era de los amigos de Voysin, desde que le conoció en Flandes.» Se ve que Saint Simon, como Louvois, para mantenerse, quema el Palatinado, y como Barberieux, para perder á su rival, arruina las victorias obtenidas por Francia sobre España. Las bellas formas y el soberbio ceremonial cubren la bajeza y las traiciones. Se está allí, como en Versalles, contemplando con los ojos la magnificencia del pasado, mientras que el espíritu considera en silencio las miserias y las tiranías que lo elevaron. Omito hablar de los escándalos; hay cosas que hoy no se atreve uno á escribir, y es necesario ser Saint Simon, duque y par é historiador secreto, para hablar de M. de Brissac, del caballero de Lorena y de Mme. de Valentinois. Además, las memorias de Madame nos edificarán aún más. Las costumbres nobles del siglo XVII, como las caballerescas del siglo XII, no fueron

casi más que una ostentación. Cada siglo hace la suya y fabrica un hermoso tipo: aquél, al caballero; éste, al cortesano. Sería curioso deslindar el caballero verdadero del caballero de los poemas. Es muy curioso, cuando se ha conocido al cortesano mediante los escritores y los pintores, conocer por Saint Simon al verdadero cortesano.

Nada más vacío que estas existencias cortesanas. Necesitan sudar y bostezar interiormente seis u ocho horas por día, en casa del rey; que éste conozca desde lejos vuestra cara; si no, seréis descontentado, pues si alguno le pide una gracia para vos responderá: «¿Quién es? Se trata de un hombre á quien no veo.» El primer favorito, el hombre hábil, el gran cortesano, es el duque de La Rochefoucauld; seguid su ejemplo. «Al levantarse, al acostarse, á los dos distintos cambios de traje todos los días, á las cacerías y á los paseos del rey todos los días también, él no faltará nunca. Algunas veces ha estado durante diez años consecutivos sin pernoctar fuera de donde se hallara el rey, y pedía previamente permiso, no para dormir una noche fuera, que durante cuarenta años no habrá dormido veinte veces en París, sino para comer fuera de la corte y no estar allí á la hora del paseo.» Allí sois una decoración; formáis parte de las habitaciones; estáis considerado como uno de los baldaquinos, pilastras, consolas y esculturas, que proporciona Lepautre. El rey necesita ver vuestros encajes, vuestros bordados, vuestro sombrero; vuestras plumas, vuestro alzacuello y vuestra peluca; sois el cojín de una butaca suya, y vuestra ausencia le des-

poja de uno de sus muebles. Permaneced, pues, y haced antecámara. Después de algunos años de ejercicio se acostumbra uno; no se trata más que de estar en continua representación. Manosea uno su sombrero, sacude con los dedos sus encajes, se apoya contra una chimenea, mira por la ventana el correr de una fuente, calcula sus aptitudes y se dobla uno por medio para las reverencias; se deja uno ver y mira; da y recibe fuertes abrazos; hace y escucha quinientos ó seiscientos cumplimientos al día. Consisten éstos en frases que se han aceptado y se han impuesto, sin prestarlas atención, por el uso, por ceremonia, imitando á los chinos; útiles para consumir el tiempo, y más aún para disfrazar esta cosa peligrosa, llamada pensamiento. Se refieren comadrerías; se entera uno de cómo va el antrax del rey. El estilo es excelente, las atenciones infinitas, los gestos perfectos, los vestidos de buena hechura; pero no se ha dicho nada, y por toda acción... se ha hecho antecámara.

Si estáis cansado, imitad á M. el príncipe. «Dormía con mucha frecuencia sobre un taburete cerca de la puerta, donde yo le he visto muchas veces esperar con los demás cortesanos á que quisiera el rey acostarse.» Bloin, el criado de cámara, abre los batientes. ¡Dichoso el cortesano que puede cambiar alguna palabra con Bloin! Los duques se hallan muy contentos cuando pueden comer con él. El rey entra y se desnuda; los cortesanos se alinean én cerco, y los que se hallan en las segundas filas se ponen sobre las puntas de los pies para recibir una postrer mirada. Un príncipe le ofrece la camisa de dormir. Todos allí

miran con dolorosa envidia al mortal afortunado al cual el rey se digna confiarle la palmatoria. Se acuesta el soberano, y los nobles señores se marchan avaluando sus sonrisas, sus medios saludos, sus palabras, sondando los favores, que ya bajan, ya suben el abismo infinito de las consecuencias.—¿Irán á su casa respectiva á descansar de las etiquetas? No; veloces, en carroza, correrán á Meudon, tratando allí de ganarse á Dumont, un criado del rey, á Francine ú otro cualquiera: hay que contrapesar el favor de que goza el mariscal de Uxelles, que todos los días envía cabezas de conejo para el perro de la dueña de Monseñor.— Pero, ¡Dios mío!, ganándome á Monseñor, á sus domésticos, á su dueña y el perrito de su dueña ¿no habré ofendido á Mme. de Maintenon y á «su gatito» (*Mignon*) M. del Maine, el poltrón, que va á confesarse para no bñtirse en Flandes? Pronto á Saint Cyr, luego al hotel del Maine. Allí pienso, por el mejor medio posible, ganarme á los nuevos bastardos, ó sea murmurar contra los antiguos bastardos; para ganar al duque del Maine saludemos disimuladamente al duque de Vendome. Aquél es duro, es hombre grosero; pero, ¡no importa!; vamos á su casa, y buen ánimo; mi buena estrella hará, sin duda, que no le halle ni por tierra, borracho, debajo de la mesa, ni tronando sobre su poltrona agujereada. ¡Pero qué imprudente soy! ¡Ver á los príncipes sin haber visto antes á los ministros! Al punto á casa de Barbezieux, á casa de Pontchartrain, á casa de Chamilar, á casa de Voin, á casa de sus parientes, de sus amigos, de sus domésticos. No olvidemos, sobre todo, que mañana

por la mañana es necesario ir á la misa donde va Mme. de Maintenon; que á medio día debo hacer la corte á la duquesa de Borgoña; que será prudente ir á recibir en seguida los sofiones alemanes de Mme. y las algaradas señoriales de M. el príncipe; yo debo hacer como que leo sabiamente la química en la antecámara de M. el duque de Orleans, y necesito asistir á la partida de billar del rey, á su paseo, á su cacería, á su reunión; que debo permanecer elevado en éxtasis si me habla, llorar de puro gozo si me sonríe, tener el corazón despedazado si no se acuerda de mí, dejar brotar ante él las efusiones de mi veneración y de mi ternura, como La Feuillade y d'Antin; decir á Marly, como el abate de Polignac, que la lluvia de Marly no moja. Las intrigas y las reverencias, las carreras de carrozas y las estancias de antecámara; mucho tráfago y mucho vagar, la sujeción de un criado y la agitación de un hombre de negocios: ésta es la vida que la monarquía absoluta impone á sus cortesanos.

Hay ventajas en sufrirla. Yo, en prueba, copio un pasaje instructivo, escogido al azar. M. el duque de Orleans, habiendo hecho á Law inspector general, y queriendo consolar á las gentes de la corte, «da 600.000 libras á La Fare, capitán de sus guardias; 100.000 libras á Castriés, caballero de honor de la duquesa de Orleans; 200.000 al viejo príncipe de Courtenay, que tenía gran necesidad de ellas; 20.000, de pensión, al príncipe de Talmont; 6.000 á la marquesa de Bellefonds, que tenía ya otra pensión semejante; por último, á fuerza de gritos, el príncipe

de Conti consiguió una pensión de 60.000 libras, para su hijo, el conde de La Marche, de apenas tres años de edad. Y aún dió algunas pequeñas pensiones á diferentes personas. ¡Oh, la bella ralea! Saint Simon, ¡tan fiero! también puso allí la mano y retiró un aumento de sueldo de 11.000 libras. Desde que la nobleza ostentaba en Versalles su ropas bordadas, se moría de hambre, y era necesario que el rey le prestara su ayuda. Los señores le quieren á él; él es el padre de su pueblo. ¿Y quién es su pueblo sino los gentileshombres? (1).—Majestad, atended á mis pequeños menesteres. Tengo acreedores; dadme cartas reales para suspender sus persecuciones. Yo «he hecho tomar hábito á un hijo y á una hija, y que sea contra su voluntad sacerdote otro hijo»: dad un cargo al mayor y consolad al segundo con una abadía. Me hace falta ropa decente para ir en vuestras carrozas: concedme 100.000 francos de renta sobre mi cargo. Un hombre admitido á vuestro servicio tiene necesidad de doce criados: dadme esa tierra que se acaba de confiscar á un protestante, y añadid á ella este depósito que me había confiado al partir y que yo os revelo (2). Mis coches me cuestan mucho: aliviad mi carga concediéndome *un negocio*. El conde de Grammont ha cogido á un hombre que huía condenado á una multa de 12.000 escudos, y le ha sacado 50.000 libras: dadme á mí también un hombre, un

(1) «Toda la Francia de estos hombres, llena la gran cámara.» Saint Simon, t. I, pág. 301, *Francia es la corte*.

(2) Tratado del presidente Harlay, t. I, pág. 414.

protestante, el primero que halléis, aquel que os plazca, y, si os parece mejor, un derecho de 30.000 libras sobre los mercados ó siquiera una renta de 20.000, sobre los carruajes públicos; el origen será burgués, pero el dinero viene siempre bien.—Y como el rey, obrando como verdadero padre, entiende en los negocios privados de sus súbditos, aún se le dirá: Señor, mi esposa me falta: metedla en un convento. Señor, un hombre inferior corteja á mi hija: hacedle encerrar en la Bastilla. Señor, un individuo ha acometido á mis gentes: ordenadle que me dé reparación. Señor, se han hecho coplas contra mí: arrojad de la corte al maldiciente. El rey, buen justiciero, se cuidaba de ordenar la policía, y hasta por necesidad de sí mismo mandaba á los maridos que encerrasen á sus mujeres (1) y á los padres «lavar la cabeza á sus hijos». Nosotros comprendemos, sin embargo, la adoración, las ternuras, las lágrimas de alegría y las genuflexiones de los cortesanos respecto á su señor. En él saludan al bolso de escudos que llenará sus bolsillos, y al bastón que zurrará á sus enemigos.

Saludan á algo más. La sed que abrasa su corazón; la furiosa pasión que les prosterna de rodillas ante el amo; el mortificante aguijón del invencible deseo que les precipitara en extremos terrores y hasta en el fondo de las más bajas complacencias, era la vanidad insaciable y las exigencias del rango. Todo era materia de distinciones, de rivalidades y de insultos. De ahí una gradación inmensa, en cuya altura se ha-

(1) Por ejemplo, al duque de Choiseul, t. I, pág. 41.

llaba el rey en una gloria sobrehumana, especie de Dios fulgurante, emplazado tan alto y separado del pueblo por tan larga serie de largos espacios, que no había de común entre él y las lombrices hundidas en el cieno, nada por encima de los pies de sus últimos criados. Educados en la igualdad, nunca comprenderemos estas asombrosas distancias, el temblor del corazón, la veneración, la humildad profunda, que se apoderan de un hombre ante su superior; la rabia obstinada con que se da á la intriga, al favor, á la mentira, á la adulación y hasta la infamia por elevarse un grado por encima de su estado. Saint Simon, un hombre de tan gran espíritu, llenará volúmenes y consumirá años por querellas de prelación. El glorioso almirante La Tourville, se anonadará en deferencias hechas á un joven duque, recién salido del colegio. Siendo M<sup>me.</sup> de Guisa *petite fille* de Francia, «M. de Guisa no tuvo sino subordinaciones respecto á madame su esposa. Todos los días, al sentarse á la mesa, él la daba la servilleta, y cuando estaba ella en su asiento y había desplegado su servilleta, estando M. de Guisa de pie, pedía ella un cubierto. Este cubierto se ponía luego por orden de ella en un extremo de la mesa; después, ella decía á M. de Guisa que se pusiera allí, y él se ponía». M. de Boufflers, que casi había salvado á Francia en Lille, recibió algunas recompensas, y henchido de reconocimiento, cayó de rodillas y abrazó las piernas del rey.

No había una acción allí que no fuera un medio de honrar á los unos y de mortificación para los otros. ¿Mi mujer obtendrá un taburete? ¿Montaré yo en

las carrozas reales? ¿Podré entrar alguna vez con mi carroza en la casa del rey? ¿Iré yo con manteo á la casa del duque? ¿Se me concederá la insigne gracia de conducirme á Meudon? ¿Tendré yo la dicha de ser admitido por los Marly? En la oración fúnebre de mi padre, ¿es á mí ó al cardenal oficiante á quien el predicador dirige la palabra? Es poco aún obtener distinciones para sí; hay que obtenerlas también para sus domésticos: las princesas se vanaglorian de poder declarar que sus damas de honor comerán con el rey. Es poco obtener distinciones para su prosperidad; hay que obtenerlas para sus suplicios: la familia del conde de Obernia, colgado en efígie, se desoló, no de verlo ejecutado, sino de que fuera ejecutado como un simple hidalgo. Es poco obtener distinciones gloriosas; hay que obtenerlas también vergonzosas: los simples bastardos del rey tienen la satisfacción de enlutarse á la muerte de su madre, mortificando con esto á los bastardos dobles, que no pueden hacer lo mismo. En qué océano de minucias y de groserías llevadas hasta los puñetazos y los arañazos; en qué abismos de pequeñeces y de ridiculeces; en qué enredo inextricable de ceremonias y etiquetas está metida la nobleza, es cosa que solamente un mandarín chino podría comprender. El rey se ocupa grave y largamente, como de un negocio de Estado, del rango de los bastardos, y para establecerlo se inventa, por el más penetrante esfuerzo de un ingenio sublime, tres medios seguros: primeramente, M. del Maine tendrá el bonete que tienen los príncipes de la sangre y que no tienen los pa-

res; pero prestará el juramento que hacen los pares y que no hacen los príncipes de la sangre; y, además, entrará sencillamente, como los pares y no como los príncipes de la sangre, que tienen el honor de atravesar la galería. En segundo lugar, se le llamará por su nombre, como á los pares, para pedirle su opinión, pero irá con el bonete en la mano un poco menos bajo que le llevan los príncipes de la sangre, los cuales no son más que invocados y no nombrados. En tercer lugar, será recibido y conducido en carroza por un solo ujier, á diferencia de los príncipes de la sangre, que lo son por dos, y de los pares, que no lo son por ninguno. Mediante esta invención de ujieres y de bonetes, queda fundado un rango, instituído un poder, fijada la sucesión, y la Monarquía salvada.

Con estos detalles basta: en 1689 se percibe ya el 1789.

### III

#### EL HOMBRE

Hay en nosotros dos partes: una que recibimos del mundo, y otra que traemos al mundo; una adquirida, la otra innata; una que proviene de las circunstancias, la otra que proviene de la naturaleza. Pues las dos se dirigen en Saint Simon á producir el mismo efecto, que es hacerlo historiador. Fué cortesano, y no estaba hecho para eso; su educación le repugnaba; para ser criado, era demasiado gran señor; en la infancia, había recibido de su padre las

ideas feudales. Este padre, hombre activo, vivía desde el advenimiento de Luis XIV, retirado en su gobierno de Blaye, á la manera de los antiguos barones, tan absoluto en su pequeño estado, que el rey le enviaba la lista de los solicitantes de plazas de funcionario, para que él, con entera voluntad, eligiese, y hasta podía tomarlos de fuera de ella, y dijese luego los elegidos, para que se les diese el nombramiento. Era rey de su familia, como de su gobierno, y de su esposa como de sus domésticos. Un día, Mme. de Montespan envió á Mme. de Saint Simon una ejecutoria de dama de honor; él abrió la carta, y contestó: «que á su edad no había tomado una mujer para la corte, sino para él. Mi madre tuvo allí un gran pesar, y ya no fué más». Yo creo que no hay más que callar ante un dueño así. El se hacía justicia impetuosamente á sí mismo, con la espada. Bajo Enrique IV, un día, habiendo visto una frase injuriosa en las memorias de La Rochefoucauld, «se arroja sobre una pluma y puso al margen: *El autor aquí ha mentado*»; fué á la librería, é hizo lo mismo con los otros ejemplares; los MM. de Rochefoucauld, gritaron; pero él hablaba más alto que ellos, que acabaron por sobrellevar la afrenta.—Tan tirante como era respecto á la corte, se mantuvo fiel durante la Fronda; por orgullo rehusaba las recompensas, propalando que, pasado el peligro, él lo rehusaría todo, rechazando á los enviados de España, con amenaza de arrojarlos en sus fosos si volvían; desdeñosamente, sin vivir en el tiempo presente, vivía entre los recuerdos del de Luis XIII, «el rey de los nobles», al cual llamó hasta el fin de su

vida el rey su amo. Saint Simon fué educado en estas enseñanzas. Sus primeras opiniones fueron contrarias á las opiniones útiles y corrientes; el descontento era una de sus herencias; surgía de la casa de un frontero.

En la corte se muestra descontento todavía; ama el tiempo pasado que le parece gótico; alaba á Luis XIII, en el cual no se veía otro mérito que el de haber puesto en el mundo á Luis XIV. En este pueblo de admiradores, está como fuera de su centro; carece del entusiasmo profundo y de rodillas flexibles. Madame de Maintenon lo juzga «glorioso». No sabiendo soportar una injusticia, deja su cargo sin haber ascendido.

Habla alto y libremente; «brotan de él la sinceridad, los razonamientos y las censuras». Muy puntilloso y recalcitrante, de él dijo el rey: «es cosa extraña que M. de Saint Simon no piense sino en estudiar las estirpes y en hacer el proceso de todo el mundo. Ha tomado de su padre la veneración á su título, la fe perfecta en el derecho divino de los nobles, la persuasión arraigada de que los cargos y los gobiernos les pertenecen por su nacimiento, como al rey y bajo el rey, la firme creencia de que los duques y los pares son mediadores entre el príncipe y la nación, y por encima de todo, la enérgica voluntad de mantenerse derecho y entero en «este extenso reino de vil burguesía». Aborrecía á los ministros, gentes bajas que prefería el rey, y en casa de los cuales los señores iban á hacer antesala, y cuyas mujeres tenían la insolencia de montar en las carrozas reales. Medita un proyecto

contra ellos durante todo el reinado, y no siempre ignorándolo el amo; quería poner la nobleza en el ministerio, desligándolo de la pluma y de la judicatura para que poco á poco esta mesocracia pierda las administraciones, y someterlo todo á la nobleza.—Después de haber herido al rey en su autoridad, le hiere en sus afecciones. Cuando se trata «de especies» como los favoritos y los bastardos, es intratable. Para impedir á los advenedizos elevarse sobre él, combate como un héroe, enreda como un abogado, sufre como un enfermo; rompe en expresiones dolorosas, como si se viera codear por lacayos. Esta es «la mayor defensa que se puede hacer de la patria, y que revelan su lepra y su gangrena». Cuando supo que d'Antin quería ser par, «ante esta prostitución de la dignidad», los brazos se le alaron; escribió amargamente que «este triunfo no causará casi más víctima que él». Si va á visitar al duque del Maine, bastardo allegadizo, es porque se halla seguro de estar perdido si no lo hace; obligado por el ejemplo «de los homenajes arrancados á una corte de esclavos», con el corazón quebrantado, apura, vencido y remolcado por toda la voluntad del rey, «este cáliz». El día en que el bastardo quedó degradado por una «resurrección», «yo me moría de gozo, temí desfallecer. Mi corazón se dilató hasta el exceso: no tenía ya más espacio para que se extendiera. Yo triunfaba, me vengaba, nadaba en mi venganza. Estaba tentado del deseo de no cuidarme ya de nada más». Es claro que un hombre tan mal pensado como éste no podía ser un empleado. Era un señor anterior al tiempo de Richelieu,

aunque nacido cincuenta años después; sordamente levantisco y desgraciado desde su nacimiento. No pudiendo obrar, escribía; en lugar de combatir al descubierto, con la mano, combatía secretamente, con la pluma; él debió ser descontento y hombre de liga, y fué descontento y maldiciente.

Chocaba, por sus costumbres y por sus pretensiones. Había en él todas las resistencias aristocráticas y morales. Si estaba por la nobleza, como Boulainvilliers, era, como Fenelon, opuesto á la tiranía; el gran señor no murmuraba más ni menos que el hombre modesto; con la sublevación del rango sentíase en él la sublevación de la virtud. En esta vecindad de la Regencia, bajo la hipocresía reinante y el libertinaje naciente, fué piadoso y hasta devoto, y pasó por tal, lo cual era también un legado de familia. Su señora madre—dice *El Mercurio*—le ha hecho particularmente instruir en los deberes de un buen cristiano.» Su padre, durante muchos años, fué todos los días á la Trapa. «Él me llevó consigo. Aunque niño, por decirlo así, todavía, M. de la Trapa tuvo para mí encantos que me atraían, y la santidad del lugar me hechizaba.» Cada año hacía en él una retirada, á veces de varias semanas; mostró allí marcada inclinación por los cristianos severos, por los jansenistas, por el duque de Beauvilliers y por su yerno. Allí, también, adquirió escrúpulos, y él, tan pronto en el juzgar, tan violento y tan libre cuando había que ridiculizar un «sabio á la violeta, zaherir á los jesuitas ó desenmascarar á la corte romana, se contenía en la indagación de la historia, temeroso de herir la caridad cristiana, teniendo casi

envidia de los dos duques «que ella tiene encerrados en una botella», y autorizándose con el Espíritu Santo, que se ha dignado escribir la historia, poco más ó menos, como Pascal, que justificaba sus ironías con el ejemplo de Dios. Esta piedad, un poco timorata, contribuía en Saint Simon á hacer de él un hombre honrado, y el orgullo del rango confirmaba su virtud. Respetando su título, se respetaba á sí mismo; las bajas le parecían una degradación de aquél, y se defendía de las seducciones del vicio, como de las invasiones de los advenedizos. Saint Simon es un hombre de corazón noble y sincero, sin restricciones ni acomodamientos, implacable contra la bajeza, franco con sus amigos y enemigos, desesperado cuando la extrema necesidad le fuerza á realizar cualquiera simulación ó cualquiera condescendencia, leal, audaz cuando se trata de ayudar al bien público, teniendo todas las delicadezas del honor verdaderamente apoyado en la virtud. Más austero, más fiero, más tieso que sus contemporáneos, un poco antiguo, como en Tácito, se percibe en él, con el defensor de la aristocracia decaída, el intérprete de la justicia pisoteada, y bajo los resentimientos del pasado, las amenazas del porvenir.

¿Cómo un Tácito pudo subsistir en la corte? Veinte veces, lo menos, durante el estudio de los detalles de su obra, yo lo he visto en silla de posta, en el camino de Blaye, con una orden del rey que le devolvía á sus tierras patrimoniales; pero permaneció en la corte sin embargo, pues su mujer era dama de honor de la duquesa de Borgoña; mas él estuvo en frecuente mo-

vimiento de ir y venir. El rey hubo de reprenderle alguna vez por ello, majestuosamente, «con verdadero tono de padre», pero no lo rechazó jamás. Tened, además, en cuenta su hermoso título, sus grandes amistades, sus relaciones: M. de Lorges, M. de Bauvilliers, el duque de Orleans, el duque de Borgoña. Pero su verdadero impulsor fué su ambición, ilustrada con el conocimiento práctico de las cosas. Él quería *llegar*, y sabía cómo llegar. Cuando entró en el mundo, se halla con un rey semidiós. Éste se hallaba en el sitio de Namur: era el año 1692; cuarenta años de gloria, sin revés alguno; los grandes, sometidos, y los tres órdenes sociales, oprimidos bajo el despotismo. Recibe desde el principio impresiones de respeto; y, por ser cortesano, acepta é intenta todo cuanto un hombre díscolo, pero ambicioso, puede emprender y sufrir. Los caballeros de la casa del rey, habituados á las distinciones, rehusan conducir sacos de grano á la espalda. «Yo acepté estos sacos, porque comprendía que aquello haría mi fortuna, después de todo el ruido que se había hecho.» Soldado, quería obedecer como soldado; cortesano, quería hablar como cortesano. Escuchad este estilo: «Yo dije al rey que no podría vivir en su desgracia, sin aventurarme á averiguar por qué había yo caído en ella...; que habiendo estado por espacio de cuatro años, durante todos los viajes de Marly, la privanza me había impreso una huella muy sensible; y que, así por la desgracia como por la privanza de estos tiempos largos, en que he tenido el honor de hacerle la corte..., yo tenía gran cuidado de no hablar mal de nadie; que

por Su Majestad querría mejor ser muerto (mirándole con ardiente mirada). Hablábale así, con motivo de la larga ausencia que yo había hecho, del dolor que tenía de hallarme á mal con él; tomando de allí ocasión para extenderme más en respeto que en cosas afectuosas, sobre mi adhesión á su persona y mi deseo de agradarle en todo, que yo expuse con cierta especie de familiaridad y de expansión... Le supliqué, hasta que llegara á dignarse decirme si veía en mí algo que le desplaciera, que él sabría en seguida su verdadera causa, ya para que perdonase mi ignorancia, ya para que me instruyese, ya para que me dijese si no había faltado.» Se habla aquí al rey como á un dios, como á un padre y como á un amo; cuando un hombre de talento toma tal estilo, difícilmente se le hace retirar de la corte á la vida privada. El rey sonríe, saluda y parece satisfecho. Saint Simon vive en la corte sin cargo, teniendo tiempo para oírlo todo y escribir de todo; siendo un poco desgraciado, no lo bastante desgraciado, y demasiado justo, para ser historiador.

Tanto su naturaleza como su fortuna, lo mismo la inclinación de su genio que su posición, le hicieron escritor. Era demasiado apasionado, para ser hombre de acción. La práctica y la política no se avienen con las disposiciones impetuosas del ánimo ni con los bruscos movimientos de la voluntad; al contrario, el arte es el que se aprovecha de ellos. La sensibilidad violenta es la mitad del genio; para arrancar á los hombres de sus negocios, para imponerles uno á uno sus dolores y sus juicios, es necesario una superabundan-

cia de dolor y de juicio. El papel es mudo bajo el esfuerzo de una pasión vulgar: para que él hable es necesario que el artista grite. Desde el primer momento, Saint Simon se muestra ardiente y resuelto. Vedle amoroso del duque de Beauvilliers; en el campo le pide una de sus hijas en matrimonio, sea la que fuere: él lo que quiere es casarse con una de ellas. Pero el duque no se atreve á obligar á su hija, que quiere ser religiosa. El joven pugna en adelante con la palabra de un poeta que concibe un poema y, en el campo, se pasa toda la noche escribiéndole... Espera al duque, «con aire de temor y de esperanza». Inflámale su deseo; verdadero artista, se da á la obra. «Yo no puedo dejar de decirle al oído que no seré feliz con otra mujer que no sea su hija.» Se le oponen nuevas dificultades; en seguida un poema de argumentos, de refutaciones y de expedientes brota y vegeta en su cabeza; aturde al duque «con la fuerza de su razonamiento y su prodigioso ardor»; con gran trabajo es como se desprende al fin de su idea fija, vencido por la imposibilidad. Balzac procedía como Saint Simon, respecto á novelas reales ó no reales. Esta invención violenta y este encarnizamiento del decirson la gran marca literaria. Añadid respecto á aquél picardía cómica y el arranque de juventud. Hay una frase en el proceso de los duques, que corta con una presteza de pilluelo. La madre de Saint Simon no quería dar las ejecutorias, que eran esenciales para un negocio. «Yo la interrumpí y la dije que era cosa de honor indispensable, prometida, esperada inmediatamente, y sin aguardar réplica tomó la llave del

gabinete cogió las ejecutorias y corrió con ellas.» En cambio habiendo llegado el duque de Richelieu con una lavativa en el vientre, muy apresurado, como es de suponer «el exorcista», Mme. de Saint Simon, entre dos operaciones y lo más pronto que pudo, dijo: he aquí á Molier y *le Malade imaginaire*.—Estas burlas no son su tono habitual; la sensibilidad exaltada no es cómica, sino por exceso; ella vuelve pronto á lo trágico, es naturalmente desenfrenada y terrible. Saint Simon tiene furores de odio, escarnios por venganza, transportes de alegría, locuras de amor, abatimientos de dolor, estremecimientos de horror que nadie, excepto Shakespeare, ha sorprendido. Se le ve con los ojos fijos y el cuerpo tembloroso, cuando en el supremo agotamiento de Francia, Desmarests estableció el impuesto del diezmo: «La capitación doblada y triplicada, al arbitrio de los intendentes de provincias; las mercancías y los géneros de toda especie, con un impuesto igual al cuádruplo de su valor; tasas de subsidio y otras de toda naturaleza y sobre toda especie de cosas: todo ello apura á nobles y pecheros, señores y gentes de iglesia, sin que lo que esto renta al rey pueda bastar; y extrae la sangre de sus súbditos sin distinción, y exprime hasta el último jugo. Y esto sin tener para nada en cuenta la desolación del impuesto mismo, tan prodigiosa en una multitud de hombres de todos los estados, la combustión de las familias por estas crueles manifestaciones, y por esta lámpara descubridora de sus vergüenzas. Menos de un mes bastó á la penetración de estos humanos comisarios, obligados á dar cuenta al Cíclope que los había

encargado de ello, el cual revisó con ellos el edicto que habían de dirigir respecto al caso, y que estaba todo él erizado de rayos para los contraventores. Así fué reforzado este sangriento negocio é inmediatamente después signado, sellado y registrado entre sofocados sollozos.» El hombre que escribe de este modo palpita y se estrémece de pies á cabeza como un prisionero de antropófagos; la frase usada allí es: «Oficinas de antropófagos».—Pero el efecto es más sublime aún, cuando el grito de la justicia violentada va acompañado por el furioso clamor del sufrimiento personal. La impresión que deja su venganza contra Noailles es abrumadora; parece que siente uno desplomarse sobre sí el horrible peso de una estatua de bronce. Traicionado, casi perdido por una mentira, desacreditado cerca de toda la nobleza, se mantuvo firme, desmintió al mentiroso «publicamente, de la manera más difamatoria y más desmesurada», sin acobardarse en ninguna circunstancia, durante doce años. «Noailles lo sufría todo, como culpable abrumado bajo el peso de su crimen. Los insultos públicos que escuchaba de mí continuamente, no le enfadaban. Jamás dejaba de detenerse ante mí, en casa de la Regente, entrando en el Consejo de Regencia ó saliendo de él, con una reverencia muy marcada; ni yo de pasar ante él derecho, sin saludarle jamás y algunas veces volviendo la cabeza hacia otro lado de una manera insultante. Ha ocurrido frecuentemente que le haya hecho salir de casa de M. el Duque de Orleans y del Consejo de Regencia, muchos días que le he encontrado allí, haciéndole ver, en los términos más duros, que su

presencia en aquel sitio no tenía razón de ser, sin que respondiera él ni una sola palabra. Pero él, aunque rabiaba y palidecía, no osaba reaparecer. Aquello provino de que un día, saliendo de un Consejo, en el cual le obligué á hablar de un negocio que yo sabía que él deseaba tener callado y sobre el cual le apreté sin medida y le hice cantar de plano, le dicté el fallo á continuación y lo leí después que lo hubo escrito, mostrándole con altivez y decisión mi desconfianza, y á todo el Consejo; él se levantó, arrojó su taburete á diez pasos y, después que no se había atrevido á responder á su tiempo ni una sola palabra del negocio, sino con el aire del mayor encogimiento y más respetuoso: «¡Muerto...—dijo—no hay medio de continuar así! Se fué á su casa, desde donde llegaron á mí sus lamentaciones, y la fiebre se apoderó de él.» En el segundo año, después de un año de súplicas, Saint Simon, obligado por sus amigos, se doblega, «pero como un hombre á quien llevan al suplicio», y consintió, por vía de gracia, tratar á Noailles con indiferencia. Esta franqueza y esta largueza de ánimo marcan la fuerza de resistencia.—Esta resistencia se manifestó más aún el día de la degradación de los bastardos; allí donde el hombre de acción se contiene, el artista se abandona; se ve en este caso el impudor de la pasión expansionada fuera de todo término, tan desbordada que absorbe el resto del hombre y que hace sentir el infinito en ella, como se siente en un mar. «Yo le abrumé cien veces en la sesión, con mis miradas, asestadas y prolongadas con perseverancia. El insulto, el desprecio, el desdén, el triunfo, le fue-